

almente, porque contra ellos se ha mi enojo armado.» Para sanar la comezon no es tan necesario el lavarse y bañarse como el purificar la sangre y refrescar el hígado: así, para curarnos de nuestros vicios, bueno es el mortificar la carne; pero sobre todo es necesario el purificar nuestras aficiones y refrescar nuestros corazones. En fin, en todo y por todo no se deben emprender las asperezas corporales sino con el parecer de nuestro maestro espiritual.

CAPITULO XXIV.

De las conversaciones y de la soledad.

El buscar las conversaciones y el huirlas son dos extremos dignos de vituperar en la devoción civil, que es aquella de que te hablo. El huirlas tiénese á desden y menosprecio del prójimo, y el buscallas huele á ociosidad inútil. Hase de amar al prójimo como á sí mismo. Para mostrar que le amamos, no se ha de huir el estar con él; y para verificar que nos amamos á nosotros mismos, nos hemos de agradar cuando estamos con nosotros. Estamos pues con nosotros mismos cuando estamos solos. «Piensa en tí mismo (dice san Bernardo), y despues en los otros.» Si ninguna cosa te obliga ir á la conversacion, ó recibilla, quédate contigo misma, y entretente con tu corazon; mas si la conversacion se te ofrece, ó algun justo motivo te convida á ella, vé con Dios, Filotea, y mira á tu prójimo con buen corazon y buen ojo.

Llámanse malas conversaciones las que se hacen por alguna mala intencion, ó cuando los que intervienen en ella son viciosos, indiscretos y disolutos. Y cuanto á estas, se les debe huir el cuerpo, como las abejas huyen de los zánganos y moscones; porque, como los que han sido mordidos de perros rabiosos tienen el sudor, el aliento y la saliva peligrosa, y principalmente para los niños y gente de delicada complexion; así estos viciosos y desordenados no pueden ser frecuentados sino con grande peligro, principalmente de los que son de devoción aun tierna y delicada.

Hay conversaciones inútiles á toda otra cosa sino á la sola recreacion, las cuales se hacen por un simple divertimento despues de las ocupaciones importantes. Y cuanto á estas, como no debe darse á ellas, se les puede dar tambien el lugar destinado á la recreacion.

Las otras conversaciones tienen por su fin la honestidad, como son las visitas recíprocas, y ciertas juntas que se hacen para honrar el prójimo. Y cuanto á estas, como no se debe ser supersticiosos en el practicarlas, tambien no se ha de ser del todo descorteses en el menospreciarlas, sino satisfacer con modestia á la obligacion que se tiene, á fin de evitar igualmente la rusticidad y la liviandad.

Restan las conversaciones útiles, como son aquellas de las personas devotas y virtuosas. ¡Oh Filotea! estas y su encuentro te causarán siempre un notable bien. La viña plantada entre los olivos trae la uva jugosa y tiene un gusto que tira á la aceituna. Un alma que se halla á menudo entre la gente virtuosa, no puede dejar de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel; pero con las abejas se ayudan á hacerla. Es una gran ventaja para ejercitar-

nos bien en la devoción el conversar con las almas devotas.

En todas conversaciones la sinceridad, simplicidad, mansedumbre y modestia son siempre preferidas. Hay algunas personas que no hacen ninguna suerte de accion ni movimiento sino con tanto artificio y afectacion, que no hay á quien no enfaden. Y como aquel que no querria nunca pasearse sino contando sus pasos ni hablar sino cantando, seria cansado á todos los demás hombres; así los que tienen un ademan artificioso y que no hacen nada sin afectacion, importunan y cansan en extremo la conversacion; y en esta suerte de gente hay siempre alguna especie de presuncion. Bueno es que de ordinario mostremos en nuestras conversaciones una alegría moderada. (1) San Romualdo y san Antonio son en extremo alabados de que, no obstante todas sus asperezas, tenían siempre la cara y la palabra llenas de alegrías, regocijo y afabilidad. «Reid con los que rien, y alegráos con los alegres.» Dígoate aun otra vez con el Apóstol: «Está siempre alegre, pero en nuestro Señor; y que tu modestia parezca á todos los hombres.»

Para alegrarte en nuestro Señor es menester que el sujeto de tu alegría sea no solo lícito, pero honesto. Digo esto porque hay cosas lícitas, y que no por eso son honestas; y para que tu modestia se conozca, guardarás de insolencias, las cuales sin duda son siempre reprehensibles. Hacer caer al uno, tiznar al otro, picar al tercero, y hacer mal á un loco, las tales son risas y alegrías locas y insolentes.

Fuera de la soledad mental, á la cual te puedes retirar en medio las mayores conversaciones (segun se ha dicho atrás), debes amar la soledad local y real; no se entiende para ir á los desiertos, como santa María Egipcíaca, san Pablo, san Antonio, Arsenio y los otros padres solitarios, sino para estar algun rato en tu aposento ó en tu jardin, ó donde más á tu gusto puedas retirar tu espíritu á tu corazon, y recrear tu alma con buenas meditaciones y santos pensamientos, ó con alguna buena letura: á ejemplo de aquel gran obispo Nazianzeno, que hablando de sí mismo, «Yo me paseaba, dice, yo mismo conmigo mismo sobre el sol de oriente (a), y pasaba el tiempo sobre la costa del mar; porque yo he acostumbrado usar desta recreacion para rehacerme y sacudirme un poco de las pesadumbres ordinarias.» Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació, como he referido. Y á ejemplo tambien de san Ambrosio. Del cual hablando san Agustin, dice que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por cuanto no (2) rehusaba la entrada á ninguno) le miraba leer; y despues de haber esperado algun tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que le sobraba á aquel gran pastor para rehacer y recrear su espíritu despues de la tarea de tantos negocios, no se le debía quitar. Tambien despues de haber un dia los apóstoles contado á nuestro Señor cómo habian predicado y trabajado mucho, «Venid, les dijo, á la soledad, y reposad un poco.»

(1) San Rombal y san Antonio (Edicion original.)

(a) sur le soleil couchant, á la puesta del sol, á la caída de la tarde.

(2) rehusaban (Edicion original.)

CAPITULO XXV.

De la decencia de los vestidos.

San Pablo quiere que las mujeres devotas (lo mismo se ha de entender de los hombres) se vistan con decencia, adornándose con vergüenza y templanza. La decencia pues de los vestidos y otros adornos depende de la materia, de la forma y de la limpieza.

Cuanto á la limpieza, debe casi siempre ser igual en nuestros vestidos, sobre los cuales cuanto nos sea posible nos hemos de guardar de que haya ninguna mancha ó suciedad. La limpieza exterior representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encargó la honestidad corporal en los que andan cerca de sus altares y que tienen el principal cargo de la devoción.

Cuanto á la materia y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias, del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañías y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los dias de fiesta, segun la grandeza del dia que se celebra. En tiempo de penitencia, como en cuaresma, no hay quien dude la honestidad y simpleza que se debe observar en el traje. En las bodas se traen los vestidos nupciales, y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca los príncipes estiran las fuerzas, y con ellas las demás acciones, las cuales deben moderar entre sus domésticos. La mujer casada se puede y debe adornar segun el gusto de su marido y cuando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntarán sin duda que á qué ojos quiere agradar ó favorecer con adorno tan particular. A las doncellas se les permiten más dijes y galas, por cuanto pueden lícitamente desear agradar á muchos, aunque esto no sea sino con fin de ganar á solo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas (1) se adornen en alguna manera, con tal que no dén nota de liviandad y locura; que como han sido ya madres de familia, y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espíritu puro, maduro y templado. Pero cuanto á las verdaderas viudas, que lo son no solo de cuerpo sino de corazon, ningun adorno les es conveniente, sino la humildad, la modestia y la devoción; porque, si es que quieren enamorar á los hombres, ya no son más verdaderas viudas; y si no es esta su pretension, ¿para qué traen los instrumentos dellas? Quien no quiere recibir los huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ria de la gente vieja cuando quiere pulirse y estirarse demasiado, porque esta es una locura solo á los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre tí que arrastre ni esté mal alineado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guárdate de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades y locuras. Mantendrás siempre cuanto te sea posible en la simplicidad y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura y la mejor excusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente á las mujeres mozas, de no traer los cabellos crespos, rizos y ensortijados. Los hombres que son tan apocados que se dan á estas accio-

(1) que pretenden casarse, (C-D.)

nes femeniles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mujeres vanas son tenidas por de poca castidad, ó por lo menos, si la tienen, no es visible entre tantas bujerías y bagatelas. Dicen ellas que no piensan mal, pero yo replico (como he hecho otras veces) que si ellas no, el diablo sí, y siempre. Cuanto á mí, yo querria que mi devoto y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los menos pomposos y afectados; y como se dice en los *Proverbios*, que se adornasen de gracia, decencia y dignidad. San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir segun nuestro estado, de suerte que los sábios y buenos no puedan decir: «Tú haces demasiado;» ni la gente moza: «Tú haces muy poco.» Pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sábios.

CAPITULO XXVI.

Del hablar; y primeramente cómo hemos de hablar de Dios.

Los médicos toman gran conocimiento de la salud ó enfermedad de un hombre por la inspeccion de su lengua. Así nuestras palabras son verdaderos indicios de las calidades de nuestras almas. «Por tus palabras, dice el Salvador, tú serás justificado; y por tus palabras tú serás condenado.» Vese que aplicamos luego la mano al dolor que tenemos, y la lengua á aquello á que nos aficionamos.

Si fueres pues verdaderamente enamorada de Dios, Filotea, tú hablarás siempre de Dios en los discursos familiares que hicieres con tus domésticos, amigos y vecinos; sí, «porque la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio.» Y como las abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla, así tu lengua estará siempre ocupada en la dulzura de Dios, y no tendrá mayor suavidad que el sentir deslizarse por entre tus labios alabanzas y bendiciones de su santo nombre: como dicen de san Francisco, que pronunciando el santo nombre del Señor, chupaba y mamaba sus labios, como para sacar la mayor dulzura del mundo.

Harás pues siempre de Dios como de Dios; esto es, con reverencia y devoción, no haciéndote docta ni predicadora, sino con un espíritu de dulzura, caridad y humildad; distilando cuanto pudieres (como se ha dicho de la esposa en el *Cántico de los Cánticos*) la miel suave de la devoción y de las cosas divinas gota á gota, ya en las orejas del uno, y ya en las del otro; rogando á Dios en lo secreto de tu alma sea servido de hacer pasar y penetrar este santo rocío hasta lo íntimo del corazon de los que te oyen.

Sobre todo se ha de hacer este oficio angélico blanda y suavemente, no por manera de correccion, sino por manera de inspiracion; porque es de maravillar, cuanto á la suavidad y amigable proposicion de alguna buena cosa, cuán poderoso cebo es para atraer los corazones.

No hables pues nunca de las cosas de Dios por manera de entretenimiento, sino siempre con atencion y devoción. Digo esto por librarte de una notable vanidad que se halla en muchos que hacen profesion de devoción; los cuales á cualquier propósito dicen palabras santas y fervorosas (por cierta manera de mesurada costumbre), sin que por eso sientan lo que dicen,

y despues les parece son tales cuales sus palabras muestran, lo cual es á veces muy al contrario.

CAPITULO XXVII.

De la honestidad de las palabras y del respeto que se debe á las personas.

«Si alguno no peca de palabra (dice Santiago), el tal es hombre perfecto.» Procura cuidadosa de no dejar se te escape ninguna palabra deshonesta, porque, aunque tú no la digas con mala intencion, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonesta, cayendo en un corazon flaco, se extiende y dilata como una gota de aceite sobre el paño, y á veces se apodera de suerte del corazon, que le hinche de mil pensamientos y tentaciones resbaladizas; porque, como el veneno del cuerpo entra por la boca, tambien el del corazon entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora; porque aunque el veneno que haya arrojado no haga su efeto por haber hallado los corazones de los oyentes aperebidos de algun contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba, porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que «la boca habla de la abundancia del corazon». Y si nosotros no pensábamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre destas malas palabras para penetrar el corazon de alguno. Dicen que los que han comido la yerba que llaman angélica tienen siempre el aliento dulce y agradable; y los que tienen en el corazon la honestidad y castidad, que es la virtud angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas y vergonzosas. Quanto á las cosas indecentes y locas, el Apóstol no quiere ni aun solo que las nombren, asegurándonos que «nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones».

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente con cierta arte y sutileza, entonces son sin comparacion más venenosas; porque como un dardo, quanto es más agudo de punta, tanto más fácilmente entra en nuestros cuerpos, así un dicho, quanto es más agudo, tanto más penetra nuestros corazones. Y los que piensan ser muy bizarros y discretos usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hicieron las conversaciones; porque estas deben ser como enjambre de abejas juntas para hacer la miel de algun dulce y virtuoso entretenimiento, y no como junta de moscones, amontonados solo para lamer y chupar alguna hediondez. Si algun loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, ó volviéndole luego el rostro ó de otra manera, segun tu prudencia te enseñare.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgon. Dios aborrece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados extraños castigos. No hay cosa que sea tan contraria á la caridad, y mucho más á la devocion, como el menosprecio del prójimo. El escarnio pues y la burla no se hace jamás sin este menosprecio, causa por qué es muy grande pecado; y así los doctores tienen razon de decir que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al prójimo, por quanto las otras ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y esta se hace solo con menosprecio.

Quanto á los juegos de palabra que se hacen los unos con los otros con (1) modestia, regocijo y alegría, estos pertenecen á la virtud llamada de los griegos *eutrapelia*, que nosotros podemos llamar *buen conversacion*. Por estos pues se goza de una honesta y amigable recreacion en las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas nos traen; hémonos de guardar de deslizarnos desta honesta alegría á las burlas. Las burlas pues provocan á reir, y esto por el menosprecio del prójimo; pero el regocijo y alegría provocan á reir por una simple libertad, confianza y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha. San Luis, cuando los religiosos le querian hablar de cosas relevadas despues del comer, «No es tiempo de alegar, decia, sino de alegrarse por medio de algun honesto entretenimiento; cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad:» lo cual decia por favorecer la nobleza que tenia al rededor de sí, y no extrañarse con ella. Pero pasemos de manera el tiempo por la recreacion, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devocion.

CAPITULO XXVIII.

De los juicios temerarios.

«No juzgueis, y no seréis juzgados (dice el Salvador de nuestras almas); no condeneis, y no seréis condenados.» «No (dice el santo Apóstol), no juzgueis antes del tiempo, hasta que el Señor venga, que revelará el secreto de las tinieblas y manifestará el consejo de los corazones.» ¡Oh y cuán desagradables son los juicios temerarios á Dios! Los juicios de los hijos de los hombres son temerarios, porque no son juzgados los unos de los otros; y juzgando ellos, usurpan el oficio de nuestro Señor. Son temerarios por quanto la principal malicia del pecado depende de la intencion y consejo del corazon, que es para nosotros el secreto de las tinieblas. Son temerarios porque cada uno tiene harto que hacer en juzgarse á sí mismo, sin querer juzgar á su prójimo.

Es cosa igualmente necesaria para no ser juzgados, el no juzgar á los otros y juzgarse á sí mismos; porque, como nuestro Señor nos enseña lo uno, el Apóstol nos ordena lo otro, diciendo: «Si nosotros nos juzgamos á nosotros mismos, nosotros no seremos juzgados.» Pero vemos por nuestros pecados cuán al contrario hacemos, pues lo que nos es defendido hacemos, juzgando en cualquier ocasion á nuestro prójimo; y lo que nos es mandado, que es el juzgarnos á nosotros mismos, no lo hacemos jamás.

Por lo cual, segun las causas de los juicios temerarios, se les debe aplicar el remedio. Hay corazones agrios, amargos y ásperos de su naturaleza, que vuelven asimismo agrio y amargo todo lo que reciben, y convierten (como dice el Apóstol) «el juicio en absintio, no juzgando jamás del prójimo sino con todo rigor y aspereza.» Estos tales tienen gran necesidad de caer entre las manos de un buen médico espiritual, porque siéndoles natural esta amargura de corazon, es dificultosa de vencer; y aunque en sí no sea pecado sino una imperfeccion, es con todo eso peligrosa, por quanto introduce y hace reinar en el alma el juicio temerario y la detraction.

(1) una modestia, (Edicion original.)

Algunos juzgan temerariamente, no por acedia de corazon, sino por soberbia, pareciéndoles que (1) quanto más abaten la honra ajena, tanto más relevan la propia: juicios arrogantes y locos, que se maravillan de sí mismos y se levantan tan altos en su propia estimacion, que miran todo lo demás como cosa pequeña y baja. «Yo no soy como los otros hombres,» decia el loco Fariseo. Algunos no tienen este orgullo manifesto, sino solo un cierto y pequeño gusto en la consideracion del mal ajeno, para saborear y hacer saborear más dulcemente el bien contrario, de que se juzgan dotados; y este agrado ó complacimento es tan secreto y imperceptible, que si no se tiene buena vista, no se podrá de ninguna manera descubrir; y en sí mismos los que son tocados dél no le conocen si no se le muestran. Otros (por lisonjearse y excusarse á sí mismos, y por templar los remordimientos de su conciencia) juzgan fácilmente y de buena gana que los otros son viciosos, y en el vicio á que ellos son dados, ó en algun otro por lo menos tan grande, pareciéndoles que la muchedumbre de reos hace su pecado menos reprehensible. Muchos se dan al juicio temerario por el solo gusto que reciben en filosofar y adivinar las costumbres y condiciones de las personas, por manera de ejercicio de espíritu; y si por suerte aciertan alguna vez con la verdad en sus juicios, el atrevimiento y deseo de continuar crece en ellos de manera, que no hay quien los aparte deste vicio. Otros juzgan por pasion, y piensan siempre bien de aquello que aman y siempre mal de aquello que aborrecen; sino (2) en un caso, admirable y no obstante verdadero, en el cual el exceso del amor provoca á hacer mal juicio de lo que se ama: efeto monstruoso, como en fin nacido de un amor impuro, imperfecto, alborotado y enfermo, que son los celos; los cuales (como todos saben), por una sola y simple vista, ó por la menor risa ó correspondencia, condenan las personas de maldad y adulterio. En fin, el miedo, la ambicion y otras semejantes flaquezas de espíritu son causa de ordinario de semejantes sospechas y juicios temerarios.

Pero ¿qué remedio para esto? Los que beben el zumo de la yerba llamada ofusa de Etiopía, por donde quiera que extienden la vista les parece que ven serpientes y cosas espantosas; y los que han alojado á la soberbia, á la envidia, á la ambicion y al rencor, no ven cosa que no hallen mala y digna de menosprecio. Aquellos para verse sanos debrian tomar vino de palma, y lo mismo digo para estos otros: bebed lo más que podais el vino sagrado de la caridad, que él os evacuará destos malos humores, que os llevaban á hacer juicios errados. La caridad no solo no busca el mal, pero temo de encontrarle; cuando le encuentra, vuelve la cabeza y disimula, y aun cierra los ojos antes de verle al primer ruido que aperece, y despues cree por una santa simplicidad que no era mal, sino solo la sombra ó alguna fantasma suya; y si por fuerza reconoce ser el mismo mal, al mismo punto procura despedir este pensamiento y olvidar su figura. La caridad es el gran remedio para todos los males, y principalmente para este.

Todas las cosas parecen amarillas á los ojos de los atecidos. Dicen que para sanarlos se les ha de poner de-

(1) cuando (Edicion original.)

(2) es un caso (Id.)

bajo de la planta de los piés la esclarianota (a). Así este pecado de juicio temerario es una tericia espiritual, que hace parecer todas las cosas malas á los ojos de los que están tocados della; mas quien quiere sanar, es menester que ponga los remedios, no en los ojos, no en el entendimiento, sino en las aficiones, que son los piés del alma. Si tus aficiones son benignas, tu juicio será benigno; si son caritativas, tu juicio será de la misma suerte. Daréte tres ejemplos admirables. Isaac habia dicho que Rebeca era su hermana. Abimelech vió que jugaba con ella; esto es, que la acariciaba tiernamente, y juzgó luego que era su mujer. Un ojo maligno hubiera antes juzgado que era su amiga, ó si era su hermana, que era un incesto. Mas Abimelech sigue la más caritativa opinion que en tal caso podia tener. Menester es pues hacer siempre lo mismo, Filotea, juzgando en favor del prójimo quanto nos sea posible; que si una accion pudiera tener cien caras, debemos mirarla en la que fuere más hermosa. Nuestra Señora estaba preñada, san Josef lo via claramente, mas como por otra parte la consideraba enteramente santa y enteramente angélica, no pudo aun creer estuviese preñada contra su deber; y dejándola, resolvió de dejar el juicio á Dios; y aunque el argumento fué violento para hacerle concebir mala opinion de la Virgen, no quiso, con todo eso, jamás juzgarle. Mas ¿por qué? Porque (dice el Espíritu de Dios) era justo. El hombre justo, cuando no puede más excusar ni el hecho ni la intencion de aquel á quien ha conocido hombre de bien, aun no quiere juzgarle, sino antes procura desechar el tal pensamiento, dejando el juicio á solo Dios. Crucificado nuestro Salvador, no pudiendo excusar por entero el pecado de los que le crucificaban, por lo menos disminuía la malicia, alegando su ignorancia. Cuando no podemos excusar el pecado, hagámosle por lo menos digno de compasion, atribuyéndole á la causa más soportable que podamos (3).

¿Luego no podemos nunca juzgar al prójimo? No cierto, jamás: el mismo Dios es, Filotea, el que juzga á los reos en la justicia. Verdad es que se sirve de la voz de los magistrados para hacerse inteligible á nuestras orejas: estos son sus ministros y intérpretes, y no deben pronunciar cosa fuera de lo que han aprendido dél, como en fin oráculos suyos. Y si hacen otra cosa, siguiendo sus propias pasiones, entonces serán sin duda ellos los que juzgan, y los que por consiguiente serán juzgados; porque es prohibido á los hombres, en calidad de hombres, el juzgar los otros.

El ver ó conocer una cosa no es juzgarla; porque el juicio (segun la frásis de la Escritura) presupone alguna pequeña ó grande, verdadera ó aparente dificultad, la cual sea necesario resolver. Por esto dice que los que no creen, son ya juzgados; por quanto no hay duda en su condenacion. ¿No será pues mal hecho el dudar del prójimo? No, porque no es defendido el dudar, sino el juzgar; pero tampoco es permitido ni el dudar ni el sospechar, sino solo aquello que las razones y argumentos nos fueren á dudar; de otra suerte las dudas y sospechas serian temerarias. Si algun ojo maligno hubiera visto á Jacob cuando besaba á Raquel junto al pozo, ó á Rebeca cuando acetó los brazale-

(a) Celidonia mayor, escrofularia: en francés se llama *éclaire*.

(3) como á la ignorancia ó á la flaqueza. (C-D.)

tes y zarcillos de Eliezer, hombre desconocido en aquella tierra, sin duda que el tal hubiera pensado mal de estos dos ejemplos de castidad, pero sin razon y fundamento; porque cuando una accion es de sí misma indiferente, es una sospecha temeraria el sacar della una mala consecuencia, sino es que otras muchas circunstancias den fuerza al argumento.

Es tambien juicio temerario el sacar consecuencia de un acto para injuriar la persona. Diré luego esto más claramente.

En fin, los que tienen buena cuenta con sus conciencias, pocas veces se hallan sujetos al juicio temerario; porque, como las abejas, viendo revuelto el aire en el tiempo nuboso, se retiran á sus colmenas á mirar por su miel, — así los pensamientos de las buenas almas no salen ni se muestran sobre los objetos revueltos ni entre las acciones lóbregas y nubosas de los prójimos; antes, para excusar el encontrarlas, se encierran en sus propios corazones, para imaginar las buenas resoluciones de su propia enmienda.

Es muy de una alma inútil el embarazarse con el exámen de las vidas ajenas. Hago excepcion de los que tienen cargo de otros, así en la familia como en la república; porque una buena parte de la conciencia de estos consiste en el velar y mirar por la de los otros. Hagan pues los tales su deber con amor, y despues desto retírense en sí mismos para mirar por sí mismos.

CAPITULO XXIX.

De la murmuracion.

El juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del prójimo, la soberbia, y la satisfacion y agrado de sí mismos, y otros muchos efectos perniciosísimos, entre los cuales la murmuracion tiene (a) de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. ¡Oh quién tuviera una de las brasas del santo altar, para tocar los labios de los hombres, y que así quedasen limpios de iniquidad y pecado, á imitacion del serafin que purificó la boca de Esafas! Quien quitase la murmuracion del mundo, quitaria una gran parte de los pecados y iniquidades.

Cualquiera que quita injustamente la buena fama á su prójimo, fuera del pecado que comete, está obligado á hacer la reparacion, aunque diversamente, segun la diversidad de las murmuraciones, porque ninguno puede entrar en el cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores, la buena fama es el mejor. La murmuracion es una especie de homicidio; porque, así como nosotros tenemos tres vidas, es á saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal, en el alma, y la civil en la buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda, y la murmuracion la tercera. El maldiciente, por un solo golpe de su lengua, hace ordinariamente tres homicidios: mata su alma y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil á aquel de quien murmura ó maldice; porque (como dice san Bernardo) «aquel que detracta, y aquel que oye tal maldiciente, todos dos tienen el diablo sobre sí; sino que el uno le tiene en la lengua y el otro en la oreja». David, hablando de

(a) uno de los primeros lugares — estampó Sancha, enmendando el galicismo del traductor.

los maldicientes, dice: «Afilado han sus lenguas como una serpiente.» La serpiente pues tiene la lengua hendida y con dos puntas, como dice Aristóteles; y tal es la lengua del maldiciente, la cual con un solo golpe pica y emponzoña la oreja del oyente y la reputacion de aquel á quien habla.

Ruégote pues, amada Filotea, no murmures jamás de persona, ni directa ni indirectamente; guárdate de imponer falsas culpas y pecados al prójimo, y de descubrir los que son secretos, y de engrandecer los que son manifiestos; y de interpretar en mal la buena obra, y de negar el bien que sabes cabe en alguno, y de disimularle maliciosamente y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás á Dios en extremo; y sobre todo acusando falsamente y negando la verdad en perjuicio del prójimo, porque es doblado pecado el mentir y ofender juntamente al prójimo.

Los que para murmurar ó maldecir hacen ciertos prefacios de honor, y entreveran ciertas pequeñas gentilezas y habilidades de los que murmuran, son los más finos y venenosos maldicientes. «Yo aseguro (dicen los tales) que le amo, y que en lo demás es una buena persona; más no obstante esto, si es que se ha de decir verdad, no tuvo razon en hacer tal y tal bellaquería. Es una doncella muy virtuosa, pero dejóse engañar;» y á este tono, segun su mala intencion les dita. ¿No ves tú, Filotea, este artificio? El que quiere tirar el arco, tira cuanto puede la flecha á sí, mas lo tal no es sino para arrojarla con más fuerza. Parece que aquellos retiran la murmuracion á sí, mas no es sino para lanzarla con más firmeza, para que así penetre más dentro en el corazon de los oyentes. La murmuracion dicha en forma de regodeo, es aun la más cruel de todas. La cicuta, de su natural, no es un veneno muy fuerte, sino antes flojo y lento, y que fácilmente puede remediarse; pero tomada en vino es irremediable. Así la murmuracion, que de sí fácilmente se entraria por la una oreja y se saldria por la otra (como dicen vulgarmente), queda más firme en la memoria de los oyentes cuando se da dentro de algun concepto ó dicho sutil y alegre. «Tienen los tales, dice David, el veneno del áspid debajo de sus labios.» El áspid hace su picadura que casi no se apercibe, y luego su veneno causa una comezon gustosa, por cuyo medio el corazon y las entrañas se dilatan y reciben el veneno, contra el cual despues no hay ningun remedio.

No digas nunca: Fulano es un borracho, aunque le hayas visto borracho; ni es adúltero, por haberle visto en este pecado; ni es incestuoso, por haberle hallado en esta desventura; porque un solo acto no da el nombre á la cosa. El sol se paró una vez en favor de la vitoria de Josué, y se obscureció otra en favor de la del Salvador del mundo; mas no por eso dirá ninguno que sea inmóvil ó obscuro. Noé se emborrachó una vez y Lot otra; y aun más hizo este, que cometió un grande incesto; mas no por eso fueron borrachos ni el uno ni el otro, ni Lot incestuoso; ni san Pedro sanguinolento porque derramó una vez sangre, ni blasfemo porque blasfemó una vez. Para tomar el nombre de algun vicio y de alguna virtud, menester es que hayan hecho algun progreso y hábito. Engaño es pues el decir que un hombre es colérico ó ladrón por haberle visto enojar ó hurtar una vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso mucho tiempo, aun hay peligro de mentir cuando le llaman vicioso. Simon el leproso llamaba á la Madalena pecadora, porque poco antes lo había sido; pero mentia con todo eso, porque ya no lo era más, sino una santa penitente; y tambien nuestro Señor toma en su proteccion su causa. El otro loco fariseo tenia al publicano por gran pecador, y aun podria ser por injusto, adúltero y gran ladrón; pero engañábase en extremo, porque al mismo instante quedó justificado. ¡Ay de mí! pues la bondad de Dios es tan grande, que un solo momento basta para alcanzar y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que un hombre que fué ayer pecador lo sea hoy? El día precedente no debe juzgar el presente, ni el presente debe tampoco juzgar el precedente: solo el último es el que los juzga todos.

Jamás pues podemos decir que un hombre es malo sin peligro de mentir. Lo que podemos decir, en caso que nos sea necesario el hablar, es que hizo un tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, ó que hace mal al presente; pero no se puede sacar ninguna consecuencia de ayer á hoy, ni de hoy al día de ayer, ni menos al día de mañana.

Aunque nos es necesario ser muy mirados en no decir mal del prójimo, debemos asimismo guardarnos de un extremo en que algunos caen, los cuales, por evitar la murmuracion, loan y dicen bien del vicio. Si se halla una persona conocidamente maldiciente, no digas por excusarla que es libre y franca; una persona manifiestamente vana, no digas que es generosa y particular; y las familiaridades peligrosas no las llares simplicidades ó bondades. No afites la desobediencia con el nombre de celo, ni la arrogancia con nombre de libertad, ni la lascivia con nombre de amistad. No, querida Filotea, no es bien, pensando huir el vicio de la murmuracion, favorecer, lisonjear y mantener los (1) otros; antes se ha de decir clara y libremente mal del mal y afear las cosas feas. Y haciendo esto glorificamos á Dios, con que esto sea con las condiciones siguientes:

Para afear los vicios de otro con justa causa, es menester que la utilidad ú de aquel de quien se habla ú de aquellos á quien se habla, lo requiera. Veo que cuentan delante de algunas doncellas las familiaridades secretas de tales y tales (2) que son manifiestamente peligrosas; la disolucion de un tal ó una tal en palabras ó acciones que son manifiestamente lúbricas. Si yo no afeo libremente este mal, sino antes le pretendo excusar, tomarán ocasion las que oyen, y podrá fácilmente imprimirse en sus tiernas edades el deseo de seguir alguna destas cosas. Y así, su utilidad requiere que libremente afee tales acciones; y al mismo instante, si no es que pueda reservar el hacer este buen oficio más á propósito y con menos daño de aquellos de quien se habla, en otra ocasion.

Fuera desto, me tocará hablar deste sujeto cuando soy de los primeros de la conversacion, porque si entonces no hablo, parecerá que apruebo el vicio; que si soy de los menores, no debo intentar hacer esta censura, sino mostrarme cabal en mis palabras, de manera que no diga una sola demasiada. Como por ejem-

(1) peligros; antes (Edicion original.)

(2) y que son (id.)

plo: Si yo vitupero la (3) estrechez de aquel mozo y de aquella doncella, por cuanto es muy indiscreta y peligrosa, menester es, Filotea, que tenga la balanza bien justa para no engrandecer la cosa ni un pelo. Si no hay sino una flaca apariencia, no pasará de aquí. Si no hay sino una simple imprudencia, tampoco diré más desto. Si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia del mal, sino solo un no sé qué (4), en que algun espíritu malicioso puede tomar achaque de murmuracion, ó no diré ninguna cosa, ó no saldré de la verdad. Mi lengua, mientras juzgo al prójimo, está en mi boca como una navaja en la mano del cirujano que quiere cortar entre los nervios y ternillas: es menester que el golpe que diere sea tan justo, que no diga ni más ni menos de lo que fuere conviniente. En fin, es menester observar, sobre todo cuando se reprende el vicio, el perdonar cuanto sea posible la persona en quien está.

Verdad es que de los pecadores infames, públicos y manifiestos, se puede hablar libremente; con tal que esto sea con espíritu de caridad y compasion, y no con arrogancia ni presuncion, ni por holgarse del mal ajeno; porque esto último es muy de corazon vil y abatido. Hago excepcion, entre todos, de los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, porque á estos tales se les ha de infamar cuanto se pueda; como son las sectas de los herejes y cismáticos, y las cabezas dellas. Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas ó en otra cualquier parte.

No hay quien no se tome la licencia de juzgar y censurar los príncipes, y murmurar de las naciones en general, segun la diversidad de aficiones que tienen en su particular. No caigas, Filotea, te ruego, en esta falta, porque, fuera de la ofensa que se hace á Dios, podria causarte mil suertes de pependencias.

Cuando oyes murmurar, haz dudosa la acusacion, si es que lo puedes hacer justamente; y si no pudieres, excusarás la intencion del acusado; y si aun esto no pudiere ser, mostrarás tenerle compasion, procurando mudar de propósito; acordándote, y haciendo acordar á los demás, que los que no caen en falta deben dar toda la gracia á Dios. Procura reportar al maldiciente por algun apacible modo, y di algunos bienes (si los supieres) de la persona ofendida.

CAPITULO XXX.

Algunos otros avisos (5) tocante al hablar.

Debe ser nuestro lenguaje dulce, agradable, sincero, natural y verdadero. Guárdate pues de los dobleces, artificios y fingimientos; porque aunque no sea bueno el decir siempre toda suerte de verdades, tampoco es permitido el ir contra la verdad. Acostúmbrate á nunca mentir adrede, ni por excusa, ni de otra manera, acordándote que Dios es el Dios de la verdad. Si ves que mentiste por descuido, y puedes enmendar la falta al punto con alguna explicacion ó reparacion, enmiéndala. Una excusa verdadera tiene más gracia y fuerza para excusar que la mentira.

Bien es verdad que alguna vez se puede con discre-

(5) altivez de aquel mozo (Edicion original.)

(4) en algun (id.)

(5) tocantes (C.D.)

cion y prudencia arrebozar y cubrir la verdad por algun artificio de palabra; mas no por eso se ha de practicar esto sino en cosa de importancia, cuando la gloria y servicio de Dios manifestamente lo requieren. Fuera desto, los artificios son peligrosos, porque como dice la sagrada palabra: «El Santo Espíritu no habita en un espíritu fingido y doblado.»

No hay ninguna fineza tan buena y digna de desear como la simplicidad. Las prudencias mundanas y artificios carnales pertenecen á los hijos del siglo, mas los hijos de Dios caminan sin rodeo y tienen el corazón sin dobleces. «Quien camina simplemente (dice el Sábio), camina con seguridad;» la mentira, el doblez y el fingimiento son siempre de un espíritu flaco y agudo.

San Agustín habia dicho en el cuarto libro de sus *Confesiones*, que su alma y la de su amigo no eran sino una sola, y que esta vida le era aborrecible despues de la muerte de su amigo, por cuanto no queria vivir á medias; y que asimismo y por este respecto temia tambien el morir, porque muriendo él, no muriese su amigo de todo punto. Estas palabras le parecieron despues muy artificiosas y afectadas, y así las revoca en el libro de sus *Retractaciones*, y las llama una ineptia, que es lo mismo que una necesidad. ¿Ves tú, amada Filotea, esta alma santa y hermosa cuán tierna se muestra en el sentimiento de la afectacion de las palabras? Ciertamente es un gran ornato de la vida cristiana la fidelidad, llaneza y sinceridad de lenguaje. «Ya he dicho que tendré cuenta con mis caminos para no pecar en mi lengua. ¡Oh Señor! ponme guardas en mi boca, y una puerta que cierre mis labios;» decia David.

Aviso es del rey san Luis el no desmentir á nadie, no habiendo pecado ó gran daño en lo contrario, y esto por evitar todas contiendas y disputas. Cuando importa pues el contradecir á alguno y oponer su opinion á la de otro, menester es usar de grande mansedumbre y destreza, sin querer violentar el espíritu del otro; porque, así como así, no se gana nunca nada tomando las cosas con aspereza.

El hablar poco, tan encomendado por los sábios antiguos, no se entiende porque sea menester decir pocas palabras, sino no decir muchas inútiles; porque en materia de hablar no se mira la cantidad, sino la calidad. Y me parece que se deben huir dos extremos: porque hacer del demasiado entendido y severo, rehusando el contribuir en los discursos familiares que se hacen en las conversaciones, parece que es, ó falta de confianza ó alguna suerte de desden; el hablar tambien siempre, sin dar ni lugar ni tiempo á los otros para que hablen á su gusto, tambien es señal de desvanecimiento y liviandad.

San Luis no hallaba bueno que estando en compañía se hablase en secreto y en consejo, y particularmente á la mesa, por quitar la sospecha que se podría engendrar en tales secretos, de que se hablaba mal de los otros. «Aquel (decia el buen rey) que está á la mesa en buena compañía, y que tiene que decir alguna cosa alegre y de gusto, debe decirlo que todo el mundo la entienda; si es cosa de importancia, se debe callar sin decirlo.»

CAPITULO XXXI.

De los pasatiempos y recreaciones, y primeramente de los lícitos y loables.

Fuerza es el dar algunas veces á nuestro espíritu y á nuestro cuerpo alguna suerte de recreacion. San Juan Evangelista (como dice el bien afortunado Casiano) fué un día hallado en el campo por un cazador con una perdiz sobre el puño, á la cual acariciaba por manera de recreacion. Preguntóle el cazador que por qué, siendo hombre de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan baja y vil. Y san Juan le dijo: «¿Por qué tú no traes siempre tu arco tendido?» «De miedo (respondió el cazador) que teniéndole siempre curvo no pierda la fuerza por el demasiado estirarse, y le falte cuando me haya menester servir dél.» «No te espantes pues (replicó el Apóstol), si yo me aparto algunos ratos del rigor y atencion de mi espíritu, para tomar un poco de recreacion, pues no es sino para poder despues emplearme mejor y más vivamente á la contemplacion.» Vicio es sin duda el ser tan rigurosos, agrestes y salvajes, que no (1) quieran tomar para sí ni permitir á los otros ninguna suerte de recreacion.

Tomar el aire, pasearse, entretenerse con discursos alegres y amigables, tocar el laud y otros instrumentos, cantar música, ir á caza; todas estas son recreaciones tan honestas, que para usar bien dellas no hay necesidad sino de la comun prudencia, que es la que da á todas las cosas orden, tiempo, lugar y medida.

Los juegos en que la ganancia sirve de precio y recompensa á la habilidad y industria del cuerpo ó espíritu, como los juegos de pelota, balon, mallo, el correr la sortija, el ajedrez, las tablas,—todas estas son recreaciones de sí buenas y lícitas. Solo se ha de guardar del exceso, sea en el tiempo que se emplea ó en el precio que se pone. Porque si se emplea mucho tiempo, ya no es más recreacion, sino ocupacion; y así, no se alivia ni el espíritu ni el cuerpo, antes al contrario, se desvanece y oprime: habiendo jugado cinco ó seis horas al ajedrez, al levantarse se halla el espíritu flojo y cansado; jugar mucho tiempo á la pelota, ya no es recrear el cuerpo, sino molestar. Si el precio (esto es, lo que se juega) es muy grande, las aficiones de los jugadores se desreglan; y fuera desto, no es justo el poner tan grandes precios á habilidades y industrias de tan poca importancia y tan inútiles, como son las habilidades de los juegos. Mas sobre todo tendrás cuenta, Filotea, de no poner tu aficion en todo esto; porque, por honesta que sea una recreacion, es vicio el poner en ella su corazón y su aficion. No digo yo que no se haya de tomar gusto en el juego mientras se juega, porque de otra suerte no (2) recrearia; pero digo que no se ha de poner en él la aficion para desearle, para embeberse y para embarazarse con él. (3)

(1) quieren (*Edicion original*).

(2) se recrearia; (*Id.*)

(3) CAPITULO XXXII.—*De los juegos prohibidos.*—Los juegos de los dados, de los naipes y otros semejantes, cuya ganancia depende principalmente de la suerte, no solamente son recreaciones peligrosas, como las danzas, pero son simple y naturalmente malas y vituperables. Por esto están prohibidas por las leyes civiles y eclesiásticas. Pero ¿qué tan grande es el mal que en esto hay? me dirás. La ganancia en estos juegos no viene segun la razon, sino conforme la suerte, la cual de ordinario cae á aquel que ni por

CAPITULO XXXII.

De los bailes y pasatiempos lícitos, pero peligrosos.

(*Las danzas y bailes se entienden por los festines que se usan en Francia y Flándes, los cuales son siempre de noche.*) (a)

Las danzas y bailes son cosas indiferentes de su naturaleza; pero, segun el ordinario modo con que este ejercicio se hace, es muy inclinado y pendiente á la parte del mal, y por consiguiente lleno de riesgo y peligro. Hácese de noche y en medio de las tinieblas y obscuridad, y así es fácil el deslizarse á muchos accidentes tenebrosos y viciosos en un sujeto que de sí mismo es muy susceptible del mal. Trásnóchase demasiado, y despues se pierden las mañanas del día siguiente, y por el consiguiente, el medio de servir á Dios en ellas. Y en una palabra, digo que es locura el trocar el día con la noche, la luz con las tinieblas, las buenas obras con las locuras. Llevan todos á los bailes vanidad á porfía; y la vanidad es una tan grande y cierta disposicion para las malas aficiones y amores peligrosos y reprehensibles, que fácilmente se engendra todo esto en las danzas.

Digote pues, Filotea, de las danzas, lo que los médicos dicen de las getas y hongos; dicen pues que los mejores no valen nada. Y así tambien te digo que los mejores bailes no son muy buenos; pero, con todo eso, si hubieres de comer getas, procura que estén bien aderezadas. Si por alguna ocasion (de la cual buenamente no pudieres excusarte) hubieres de ir al festin ó baile, procura que tu danza esté bien aparejada. ¿Cómo pues ha de estar aparejada? De modestia, de dignidad y de buena intencion. Comed pocos y pocas veces (dicen los médicos, hablando de los hongos), porque, por bien aparejados que estén, la cantidad les sirve de veneno. Danza poco y pocas veces, Filotea, porque si lo haces de otra suerte, correrás peligro de aficionarte á esta vanidad, y á tropezar en las que della dependen.

Los hongos (segun Plinio), como son esponjosos y

su industria ni habilidad merece cosa alguna; y en esto es ofendida la razon. Pero dirásme: Así nos hemos convenido. Eso es bueno para mostrar que el que gana no hace agravio á los otros. Pero de ahí no se sigue que la convencion no sea contra toda razon, y el juego tambien; porque la ganancia, que debe ser precio de la industria, lo viene á ser de la suerte, que no merece precio alguno, pues no pende de nosotros.

Demás de esto, estos juegos tienen nombre de recreacion y se inventaron para eso; pero de ninguna manera lo son, sino violentas ocupaciones: porque, ¿cómo puede dejar de ser ocupacion tener el espíritu atado y oprimido con perpétuas inquietudes, aprehensiones y congojas? ¿Hay atencion más triste, más melancólica que la de los jugadores? Por esto no se ha de hablar cuando se juega, ni reír ni toser, porque será darles una pesadumbre.

En fin, no hay gusto en el juego si no se gana. Y esta alegría puede dejar de ser injusta, pues no se puede tener sino es con la pérdida del placer del compañero? Verdaderamente este regocijo es infame. Por estas tres razones son prohibidos los juegos.

Sabiendo el gran rey san Luis que su hermano el conde de Anjou y el señor Gantier de Nemours jugaban, se levantó, aunque estaba enfermo, y entró en su aposento titubeando; y cogiendo las tablas y los dados con parte del dinero, lo arrojó por una ventana al mar, enojándose mucho con ellos. La santa y casta doncella Sara, hablando con Dios de su inocencia, le decia: «Vos sabeis, Señor, que no he conversado jamás con los jugadores.»—CAPITULO XXXIII.—*De los bailes y pasatiempos, etc.* (C-D.)

(a) Nota de QUEVEDO.

porosos, tiran fácilmente toda la infección y corrupcion que tienen al rededor de sí; y así, estando cerca de las serpientes, reciben su veneno. Los bailes, las danzas, y semejantes juntas tenebrosas, tiran de ordinario los vicios y pecados que reinan en un lugar, las pendencias, las envidias, las burlas y los amores locos. Y como estos ejercicios abren los poros del cuerpo á los que los usan, así tambien abren los poros del corazón; despues de lo cual, si alguna serpiente viene á soplar á las orejas alguna palabra lasciva, alguna terneza engañosa, algun requiebro vano, ó algun basilisco arroja miraduras deshonestas y ojeos amorosos, ¿quién duda que entonces el corazón está muy aparejado á dejarse asaltar, rendir y emponzoñar?

¡Oh Filotea! estas impertinentes recreaciones son de ordinario peligrosas: disipan y pierden el espíritu de devocion, debilitan las fuerzas, resfrían la caridad y despiertan en el alma mil suertes de malas aficiones. Por esto pues se deben usar con una gran prudencia.

Pero sobre todo, se dice que despues de los hongos se debe beber vino precioso, y yo digo que despues de las danzas se debe usar de algunas santas y buenas consideraciones, que estorben las peligrosas impresiones que el vano placer que se ha recibido podría causar en nuestros espíritus. Pero ¿qué consideraciones?

1. Al mismo tiempo que tú estabas en los bailes, muchas almas ardian en el fuego del infierno por los pecados cometidos en la danza ó por causa de la danza.

2. Muchos religiosos y gente de devocion estaban á la misma hora delante de Dios, cantaban sus alabanzas y contemplaban su bondad. ¡Oh, y cómo su tiempo ha sido mucho más dichosamente empleado que el tuyo!

3. Mientras tú danzaste, muchas almas se despidieron desta vida entre mil ansias y congojas; mil millares de hombres y mujeres han sufrido grandes trabajos en sus camas, en los hospitales y en las calles: la gota, la piedra, las recias calenturas. ¡Pobres dellos, que no han tenido ningun reposo! ¿No tienes tú pues compasion dellos? ¿Piensas tú que un día no gemirás, como ellos, mientras otros danzan, como tú has hecho?

4. Nuestro Señor, nuestra Señora, los ángeles y los santos te han visto en el baile; sin duda que te han tenido lástima, viendo tu corazón embebecido en tal desatino y atento á semejante necesidad.

5. ¡Pobre de mí, que mientras tú estabas allí el tiempo se pasó y la muerte se acercó! ¿No ves cómo esta se burla de tí y que te llama á su danza, en la cual los gemidos (1) de tu corazón servirán de violones, y donde no harás sino una sola mudanza de la vida á la muerte? Esta danza es el verdadero pasatiempo de los mortales; pues pasan en un momento, de tiempo á la eternidad de gloria ú de pena. Hete puesto estas pequeñas consideraciones; pero Dios (si es que vive en tí su temor) te traerá otras al mismo sujeto.

CAPITULO XXXIII.

Cuándo se puede jugar y danzar.

Para jugar y danzar lícitamente es menester que sea por recreacion, y no por aficion; por poco tiempo, y

(1) de vos proches serviront (*Texto francés*)—de tus más cercanos servirán (C-D.)